LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 28 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 309

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NIÑERAS DE AMORES, cuadro de J. Aubert, expuesto en el «Salón» de París

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—Don Ramón Picatoste*, por don Fernando Araujo.—*El violín de un maestro de aldea*, (continuación).—*La Torre Eiffel.—Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*Niñeras de amores*, cuadro de J. Aubert.—*El bufón dormido*, cuadro de H. Kaulbach.—*Viajeros en el siglo XVII*, cuadro de W. Rauber.—*La playa de Treport durante el reflujo*, cuadro de J. Schenker.—*Pescadoras en la playa*, cuadro de Giuliano.—*Aldea en las lagunas*, cuadro de Dill.—*Montantes de la Torre Eiffel de 300 metros en el Campo de Marte de París.—Uno de los cuatro montantes de una pila de la Torre de 300 metros.—Física sin aparatos.—Suplemento artístico: Los imitadores de Fortuny*, dibujo de J. Llovera.

NUESTROS GRABADOS

NIÑERAS DE AMORES, cuadro de J. Aubert

Se ha dado en decir que amor es niño, y aun cuando esto constituya uno de los errores más vulgares, hay que asentirlo porque así viene admitiéndose hace siglos. Supongamos al amor representado por un hombre ó una mujer en la edad de las pasiones que instintivamente aproximan á los individuos de uno y otro sexo, y reñimos con la mitología artística que ha producido tan admirables lienzos sobre la falsa base del amor niño. Respetemos, pues, una vez más la teoría de los hechos consumados.

También la admite el autor del simpático cuadro que reproducimos; pero acto continuo pone el artista los puntos sobre las *ies*, como vulgarmente se dice. Sus *amores* son unos hermosos niños sin disputa; pero no son unos niños dioses; antes bien se hallan sujetos á todas las debilidades humanas. Uno de ellos necesita andadores, el otro se duerme como el más inocente de los cachorros, y al tercero hay que limpiarle las narices al igual del *bebé* más vulgar y menos olímpico.

A pesar de ello, el cuadro tiene condiciones especiales para llamar la atención. M. Aubert, que imprime á sus pinturas algo de la elegante frivolidad francesa, ha hecho para su uso particular una mitología parisién. Después de todo, el célebre Offenbach le había precedido, y el pintor no ha incurrido, como incurrió el compositor, en la caricatura chocarrera. La mitología parisién de las *Niñeras de amores* dista mucho, por fortuna, de la de los *Dioses del Olimpo*.

EL BUFÓN DORMIDO, cuadro de Herman Kaulbach

Sí, lectores míos; por humillante que sea para la humanidad, ha habido bufones á salario de los grandes; y lo que es peor, según el insigne *Fígaro*, ha habido príncipes que han asalariado bufones. De la existencia de semejantes *locos* ha tomado pretexto Kaulbach para un cuadro delicioso y modelo de expresión.

El bufón, no sabemos si llamarle mísero ó miserable, ha subido al desván ó granero del palacio, donde se ha creído igual á los demás hombres ante el derecho de dormir cuando les aqueja el sueño. ¡Valiente derecho el suyo!.. Quien ha vendido su dignidad á trueque de hacer asomar una sonrisa á los labios de su dueño, no tiene más libertad que la concedida por el hastío de éste.

Las hijas del *castellano* persiguen á la víctima en su escondido refugio y á la vista de esa fea masa de carne, no es la compasión, sino la hilaridad, lo que contrae sus rostros. El tranquilo sueño del bufón, durante el cual quizás se haga la ilusión de ser un hombre como los otros, será interrumpido por esas dos hermosas criaturas mal educadas, que no comprenden todo el daño que causa aquel que priva del sueño á un desgraciado. El *loco* despertará con sobresalto y vendrá á la horrible realidad de su destino. Gracias que por esta vez la realidad adquirirá las seductoras formas de la infancia y el bufón saldrá del paso con un embrollado cuento de hadas.

Tal es el asunto del cuadro de Kaulbach, tan acertadamente ejecutado, que bien puede calificarse de obra en todos conceptos feliz.

VIAJEROS EN EL SIGLO XVII, cuadro de W. Rauber

Este lienzo es mixto de paisaje y figuras, y tan perfectamente están combinados estos dos factores, que ninguno puede reclamar la primacía. Como paisaje tiene luz, vegetación, ambiente, horizontes, todo tratado con habilidad suma; como figuras, dan éstas lugar á bien distribuídos grupos, donde no huelga un solo personaje. El conjunto causa cierta impresión que recuerda la escuela holandesa.

LA PLAYA DE TREPORT durante el reflujo, cuadro de J. Schenker

Treport es una de las estaciones balnearias marítimas de las costas francesas. Menos elegante que Trouville, menos lujosa que Dieppe, no por esto la concurrencia es menos distinguida y numerosa durante el verano. Mientras el conde de París residió en el castillo de Eu, la nobleza orleanista se dió cita periódica en aquella playa, donde el pretendiente podía recibir como en corte.

La población antigua se halla edificada en sitio elevado: sin duda allá en lo antiguo, los habitantes de Treport tendrían fundados motivos para defenderse contra el furor de las olas. Pero séase que el Océano se haya vuelto más tratable, séase que los bañistas hayan resultado más valientes que los marineros, ello es que las nuevas construcciones, preciosas quintas y confortables hoteles, se han desarrollado en sentido descendente, hasta ser casi lamidas por las olas.

La playa de Treport es muy sensible al reflujo del mar, en cuyo estado ha sido admirablemente copiada por Schenker.

PESCADORAS EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano

Los sibaritas del paladar se dan apenas cuenta de la suma de trabajo, privaciones y peligros que significa una langosta ó una dorada que, desde la inmensidad de los mares, es trasladada al salón del banquete. El pintor Giuliano se lo recuerda en un bello lienzo, donde el realismo del asunto adquiere, merced al arte, algo de la poesía inherente á todo cuadro representativo del mar.

ALDEA EN LAS LAGUNAS, cuadro de Dill

Cabe las lagunas del Adriático existen una porción de aldeas que nada dicen al vulgo, y sin embargo dicen mucho al artista. No las visita el opulento viajero cuyo objetivo son los palacios y templos venecianos; pero las visita el pintor que se extasía donde quiera que haya luz, ambiente, movimiento y algo típico que únicamente se revela á los que ven las cosas por su lado poético. Las aldeas lo tienen también y en especial cuando el mar las baña. Donde hay mar hay una nota de color simpático, un horizonte sin límites y una vida que, aun reducida á pequeñas proporciones, toma múltiples y pintorescas formas.

Así vemos que el cuadro de Dill, sin que su asunto deje de ser común y hasta vulgar, causa una impresión agradable. Más de un filósofo cansado del mundo envidiaría la dulce calma de esa aldea, que no es, á pesar de todo, la calma monótona de las poblaciones de la montaña. La reproducción de ese movimiento relativo está hecho con verdadero talento. Ni mucho, ni poco; verdad, exclusivamente verdad.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LOS IMITADORES DE FORTUNY, dibujo de J. Llovera

La naturaleza es tan armónica en sus manifestaciones, que cualquiera exageración de lo bueno y de lo malo produce un verdadero desentono. El hombre se ríe tan en absoluto por esa armonía que, al sentirse herido por la nota desentonada, vuelve instintivamente la vista hacia el punto ó objeto que interrumpió el general acorde. Y esto no es propio de tal ó cual orden de cosas, antes bien se realiza desde lo más vulgar á la más sublime. En el orden físico y en el moral hay un máximo y un mínimo y un justo medio. Dentro de estos límites queda encerrada la vida general; fuera de ellos, en más y en menos, empieza lo extraordinario; y únicamente lo extraordinario llama la atención en todas las esferas. Así, por ejemplo, un hombre cuya estatura varía desde el metro cincuenta al metro sesenta, pasa enteramente desapercibido entre millares de sus semejantes. En cambio, el hombre que no alcanza la medida de un metro ó raya en los dos metros, está seguro de que ni uno solo de sus compañeros de humanidad dejará de contemplarle al paso. Otro tanto podríamos decir, verbigracia, de los melones muy grandes y de los perros muy pequeños.

El gigante es, principalmente, el objetivo de la atención pública, llámese Goliath ó llámese Cesar; expóngasele en un barracón como á Bejarano ó expóngasele en la historia como á Napoleón I.

Ahora bien; Mariano Fortuny era un gigante del arte y, cosa muy natural, cautivó la atención de todas las medianías. Prorrumpen estas en un grito de admiración, lo cual no deja de ser muy natural, asimismo; pero una vez se ha doblado ante el genio, la parte débil de la humanidad se enseñorea del vulgo artístico. Su cálculo es tan sencillo como esto: – Fortuny se ha hecho inmortal; Fortuny ha ganado mucho dinero con sus cuadros; pues imitemos, copiemos los cuadros de Fortuny... – No de otra suerte discurría la rana cuando se hinchaba para igualar el volumen del buey.

Ese cálculo contrajo nupcias con la vanidad, y de este matrimonio fecundísimo surgió una plaga de imitadores que, con la impunidad de tales, matan al prójimo de un susto. Es una desdicha inseparable del genio: lo mismo Shakspeare que Calderón y Byron, lo mismo Mozart que Meyerbeer y que Gounod, en lugar de discípulos aplicados han tenido osados imitadores. Siempre la fábula de Icaro pretendiendo entrar en la región del sol sin más ayuda que su petulancia y sus alas de cera.

Llovera, nuestro distinguido colaborador, que admira á Fortuny tanto como le respeta, ha arremetido contra ese enjambre de monos en el dibujo alegórico-epigramático que publicamos. La composición es ingeniosa y la ejecución acertadísima. Después de rendir el debido tributo al eminente artista, recordando algunas de sus obras en la parte superior é inferior del dibujo, evoca á los principales personajes de los lienzos de Fortuny y en bien combinado grupo deja conocer la hilaridad que les causa tanta ridícula imitación y copia del inimitable é incopiable maestro. El militar de *la Vicaría* no ha podido contener su enojo y, con el sable desenvainado, amenaza tratar los lienzos de los copistas como el hidalgo manchego trató los pellejos que se le figuraron gigantes.

La sátira de Llovera es algo ruda; pero el motivo la excusa. Cuando se sale á la defensa de un ídolo, la piedad parece casi pecado. Y finalmente, en bellas artes como en todo, si aparece un cáncer por desgracia, lo más sano es extirparlo.

DON RAMÓN PICATOSTE

I

UNA VOCACIÓN

¡Pobre muchacho! ¡Quién lo había de decir!... Era un excelente sujeto, y si no hubiera sido por la pícara manía de hacer papel en el mundo, hubiera llegado á ser hasta un buen padre de familia, cosa que no es tan fácil ni tan común como á muchos se les figura, y que tiene indudablemente su mérito, superior á otros muchos méritos más cacareados.

Yo no le conocía ni de vista ni de nombre, y jamás hubiera sabido que tal persona existiese en el mundo si él no se hubiera cuidado de manifestarlo por los medios más ostensibles, llevado de la noble ambición de hacerse famoso.

No puedo pasar por alto el modo con que don Ramón notificó al mundo su presencia, mucho antes de llamarse don Ramón, y cuando era simplemente *Ramoniyo*, diminutivo que su familia y amigos le aplicaban cariñosamente y que nuestro héroe recibía malhumorado cual si fuera un insulto ó cosa parecida.

Es el caso que una tarde salí yo, como otras muchas, de paseo con mi mujer por la carretera de circunvalación de Salamanca, el *boulevard exterior* como si dijéramos de la monumental ciudad. Aquí vendría de molde una descripción de esta carretera, amenizada (la descripción, no la carretera) con un parrafillo de crítica zumbona; pero no estoy de humor para sentar plaza en el regimiento de Zola, jefe aguerrido del realismo, capaz de contar á Vds., si se les ponen por delante, las rozaduras, manchas de grasa, desperfectos y quemaduras de los pucheros de las legendarias bodas de Camacho, con todos los saltos, piruetas y contorsiones del aceite y el agua que tenían dentro y todos los dolores, retortijones, aprietos y metamorfosis internas y externas de las sabrosas carnes al ser cocidas, fritas ó asadas... ¡Uf! ¡Vade retro! Dios me libre de caer en tentación tamaña. Yo ahora no necesito decir más para mi propósito y para que Vds. sepan todo lo que deben saber que la carretera en cuestión se halla bordada á trechos por la derruida muralla, y á trechos por casucas, puertas traseras y corrales tan sin color, olor ni sabor artístico ni pintoresco que ni Vds. ganarían nada con leer su curiosa descripción ni yo con hacerla, por cuya causa la dejo en el tintero. Sólo, sí, les diré, y esto es lo que verdaderamente importa al caso, que una de dichas casucas tenía recién blanqueada su exigua fachada, y que sobre su deslumbrante blancura se destacaba una negra inscripción trazada por inexperta mano. Esta inscripción, que atrajo mis miradas, decía así:

Por Aqí Paso Ramon Picatoste.

¡Nieguen Vds., después de esto, la predestinación! El que había trazado aquellas líneas sin miedo de ensuciarse las manos con carbón y sin temor de encontrarse mientras escribía con la horma de su zapato, es decir con un puntapie del dueño de la blanca casa, estaba indudablemente llamado á la celebridad, la sentía hervir dentro de sí mismo, y no podía resistir al deseo de comenzar á conquistarla por medio tan eficaz como el de dejar impreso su nombre en negro sobre las paredes blancas.

La arrogante inscripción nos hizo reir un momento á mi mujer y á mí y después seguimos nuestro camino sin volvernos á acordar de ella.

Al llegar cerca de la puerta de Santo Tomás comenzó á pintear; nosotros no llevábamos paraguas y apretamos el paso; la nube que se cernía sobre nuestras cabezas se resolvió en lluvia declarada. Entramos por la puerta de Santo Tomás sin mirar siquiera el triple ábside románico de la parroquial de su nombre, atravesamos por delante de la extensa fábrica del Colegio militar de Calatrava, y nos internamos por la calle de Don Francisco Montejo siguiendo los muros del suntuoso convento de San Esteban. La lluvia arreciaba, dímonos prisa y en pocos segundos desembocamos en el atrio de Santo Domingo; pero en vez de cruzarle para dirigirnos hacia la calle de San Pablo, preferimos guarecernos bajo la soberbia arcada artesonada que cobija la fachada plateresca de San Esteban.

¡Qué hermoso es aquello! La Edad media y el Renacimiento sabían edificar rindiendo culto á la grandiosidad y al arte; las construcciones contemporáneas á su lado, en Salamanca sobre todo, son irrisorias, raquíticas y descoloridas. En frente del convento de San Esteban se alza el palacio del marqués de Castellanos, joyas ambas bien caracterizadas, aquel del siglo XVI, éste del XIX; después de admirar el uno da escalofríos contemplar el otro. ¿Los describo?...¡Qué tentación tan seductora! Pero no, sabré resistirla, porque me acuerdo del *nunc non erat his locus* horaciano que tan olvidado tienen los secuaces del realismo ultra-pirenaico y que, no por ser horaciano, sino por ser precepto bueno y justo, debe respetarse. A los lectores de la historia de don Ramón Picatoste les importa un bledo el saber las descalabraduras de los santos de piedra que adornan la fachada de San Esteban, ni si visten estas ó las otras ropas ó si son barbudos ó barbilampiños. Yo confieso que, para matar el tiempo, me estaba entreteniendo en contar las repisas, doseletes, escudos, medallones, estatuas y relieves de aquel suntuosísimo retablo cuando llamóme la atención mi mujer señalándome una inscripción trazada con yeso en el zócalo y cuyos rasgos no me eran del todo desconocidos. Esta inscripción decía así:

Aqí Estubo Ramon Picatoste

—¡Hola, hola!—dije.—¿Con que otra vez Ramón Picatoste? El muchacho es aprovechadito y no pierde ocasión de dejar su nombre á la posteridad.

Seguí contando las repisas, doseletes, estatuas, escudos, relieves y medallones y al concluir de contar los alcachofones del artesonado arco cesó de llover. Atravesamos el atrio y puente de Soto, cruzamos la calle de San Pablo y nos metimos por la tortuosa, empinada, solitaria y enchinarrada callejuela del Tostado. Íbamos despacio porque no teníamos prisa ni allí es cosa de correr, sin hallar otro pasto á nuestras miradas que desnudos paredones de tapias ó caserones vetustos cuando en la pared frontera á la desembocadura de la calle del Silencio ví un disforme letrero negro que decía:

Por Aqí Paso Ramon Picatoste.

¿A qué negarlo? Me empezó á interesar aquel nombre y entré en curiosidad de conocer la persona á quien pertenecía. Ya empezaba mi imaginación á volar á sus anchas por el mundo de las ficciones haciendo los cálculos más peregrinos cuando una pregunta de mi mujer vino á sacarme del hermoso país de los sueños. La calle del Tostado terminó y al subir la escalerilla que conduce á la plazuela de Anaya, uno de los sitios más hermosos de Salamanca, leí en la pared escrito con almagre:

Por Aqí Paso Ramon Picatoste.

—Yo he de saber quién es Ramón Picatoste,—exclamé con tono decidido y apresurando el paso como si tuviera prisa por llegar á casa.—¡Lo he de saber!

Preocupado con la manera de satisfacer mi curiosidad y mi deseo, pasé delante del Colegio viejo sin dirigirle siquiera una mirada, crucé por delante de la Catedral sin dignarme reparar ni aun en su preciosa fachada de Poniente, atravesé la calle de Calderón de la Barca abismado en mis reflexiones, dí unos cuantos pasos por la calle de Libreros, desemboqué en el Patio de Escuelas y sin fijarme ni en la fachada de la Universidad, ni en la del Hospital del Estudio, ni en la del Instituto, ni aun en la estatua de Fray Luis de León, saqué mi llavín y yéndome en derechura al número 8 de la Plazuela (donde tienen Vds. su casa) abrí la puerta, subí las escaleras de dos en dos y dí con mis huesos en el sofá de la sala murmurando entre dientes: – ¡Ramón Picatoste!

IMITADORES DE FORTUNY, DIBUJO DE J. LLOVERA, GRABADO POR SADURNÍ

II

Quién era Ramón Picatoste.

¿Quién era Ramón Picatoste? ¿Dónde vivía? No era difícil hallar la solución de estas preguntas dado el afán del incógnito personaje por señalar las huellas de su paso con sendos y expresivos letreros de todos colores y tamaños; los tales letreros no podían menos de conducir en derechura al domicilio de los Picatostes, de donde sin duda arrancarían; bastaba pues, volver á encontrar uno de aquellos cabos sueltos y seguirle sin interrupción para dar con la morada picatostil. Esto pensaba yo, estisbado de codos en mi balcón la mañana siguiente al día en que de tal modo se había excitado mi curiosidad, cuando de pronto mis ojos se quedaron clavados en unos blancos garabatos trazados en la puerta del Instituto de 2.ª enseñanza y que decían:

Aquí Anda Estudiando 2.ª de latín Ramon Picatoste.

—¡Eureka!—exclamé.—Tengo el genio á la puerta de casa y no lo sabía... ¿Con que Ramón Picatoste *anda estudiando* 2.ª de latín? ¡Perfectamente! Voy ahora mismo á conocer esa alhaja. Son precisamente las diez y media, hora de que los estudiantes de 2.ª de latín, los *garbanceros* como ellos se llaman, entren en clase; me voy allá á ver si le descubro.

Y dicho y hecho: dos minutos después estaba en el aula núm. 3, donde acababan de entrar los cursantes de 2.ª de latín. El Profesor, repantigado en su vetusto sillón de cuero, tomaba lista. La ocasión no podía ser más propicia á mi intento; yo prestaba atento oído temiendo hubieran nombrado ya á mi héroe cuando al fin escuché la voz del Catedrático que decía:

—¡Picatoste y Quijada, don Ramón!

—¡Servidor de usted!

La voz era aguda, atiplada, de timbre simpático. Volvíme hacia el lado en que había sonado y me encontré con un muchachillo de unos doce años de edad, delgado, nervioso, de inquieto mirar y desasosegados movimientos, vestido con modestia y de fisonomía expresiva y agradable. El primer examen que de él hice no me disgustó y sentí hacia él irresistible simpatía. Estaba sentado en un rincón próximo al encerado y sus miradas saltaban con excesiva movilidad del rostro del Catedrático al paquete de barras de yeso que estaba á su alcance; aprovechando un momento en que el Catedrático se volvió del otro lado para sacar el pañuelo del bolsillo de la levita, Picatoste y Quijada (don Ramón) alargó la mano y con ligereza de prestidigitador hizo pasar una barrita del cajón del yeso á su bolsillo; aquel era sin duda el arsenal en que Picatoste se proveía de armas blancas con que eternizar su nombre por calles y plazuelas; las armas negras las sacaría del fogón de su casa, y las encarnadas procederían sin duda del depósito de almagre que la criada tendría en la cocina para dar color al embaldosado de las habitaciones los sábados, si es que el mismo Picatoste en persona no lo iba á buscar á la Peña del Hivoro ó á la fuente Cagalona, puntos de extracción más conocidos del mineral.

Salí del aula; pero aun no estaba satisfecho. Yo quería entablar relaciones con aquel perillán, deseaba tratarle, sondearle, conocer su familia, estudiar su carácter, adivinar su porvenir y facilitar si era posible la realización de sus esperanzas. Se me había antojado que aquel Picatostín estaba destinado á grandes empresas, y anhelaba la honra de provocar su vocación y de ingerirme en sus destinos con el desinteresado anhelo de contribuir á su encumbramiento. Para hacer todo esto necesitaba saber dónde vivía, y aunque nada más sencillo que preguntárselo á él mismo, ahora que ya le conocía, no quise echar mano de semejante recurso; preferí espiar su salida de clase y seguirle.

Y así sucedió: á las doce en punto le descubrí entre los que salían correteando del Instituto; él con sus compañeros delante y yo detrás cruzamos la calle de Libreros y la Plazuela de San Isidro metiéndonos después por el atrio de la Compañía; al llegar á la calle de Meléndez, los condiscípulos de Ramón se introdujeron por ella mientras Ramón siguió solo por la calle de la Compañía; yo me hallaba á unos veinte pasos de distancia. El estudiantillo de latín se paraba de cuando en cuando y escribía en las paredes la consabida frase:

Por aquí pasó Ramon Picatoste.

Como se ve, el joven alumno había reformado ya su ortografía, sin perder por eso sus aficiones á levantar acta de sus pasos. De este modo atravesamos la plazuela de las Agustinas, la de Monterey, la calle de Bordadores y la de las Ursulas hasta desembocar en el Campo de San Francisco; Ramón pasó por delante de la barroca capilla de la Cruz y apretando el paso se introdujo resueltamente por la calle de Arriba; cuando yo llegué á ella ya había desaparecido.

—¡Aquí debe vivir!—me dije.

Efectivamente: á la izquierda de la puerta de una de las primeras casas leí el siguiente expresivo letrero:

Aquí vive Ramon Picatoste

La ortografía, como se ve, era ya intachable; se conocía que el estudiantillo hacía progresos.

III

Las habilidades de Ramoniyo.

No vacilé; tenía mi plan formado y con los nudillos de los dedos, pues no había allí esquila ni aldaba, dí unos cuantos golpecitos en la puerta; una rolliza mujer abrió y sin más ceremonias me introduje en la casa preguntando por el señor Picatoste. Este no tardó en presentarse; era un maestro carpintero, bien acomodado, de unos 52 años, fresco todavía, campechanote y bonachón, brotando salud y franqueza por todos sus poros y vestido *á la negligée* en mangas de camisa.

– Siéntese V.,—me dijo ofreciéndome una silla después de saludarnos.—El tiempo está bueno; corre un vientecillo que da gusto. ¡Vaya! Echaremos un cigarro... tenga usted.

– ¡Gracias!—le dije.—No gasto.

– ¿No fuma V.? Bien hecho,—me contestó.—Así se hará V. rico; si yo pudiera dejarlo... pero ¡ca! es imposible. Con que vamos á ver, ¿qué se le ofrece á V. y en qué puedo servirle?

– ¿No tiene V. un hijo llamado Ramón?

– ¡Ya lo creo!... ¡Una alhaja, cabayero, una alhaja!... ¿Usted le conoce? ¿Le ha hecho á V. alguna pirrafa? Pues no acostumbra...

– ¡No, no, nada de eso!... Al contrario... Es un muchacho que me interesa sin saber por qué, y á mi deseo de conocerle y tratarle debe V. mi visita. Se me ha antojado que ha de ser todo un hombre...

– ¡Pues ya lo creo, cabayero!—dijo el buen padre levantándose sofocado de satisfacción.—¡Eh! ¡Ramón! ¡Ramoniyo!... ¡Teresa!... ¡Teresa!... Venid acá en seguida...

Teresa se presentó; era la rolliza mujer que había abierto la puerta, digna en todo y por todo de su marido.

– ¿Qué hay? ¿Qué pasa?—preguntó como asustada por las voces del carpintero.

– Pues mira... este cabayero... ¡si ya lo decía yo, canastos! No podía ser menos... me lo daba el corazón; lo que es Ramoniyo... ¡échale guindas al mozo!... Mira, mujer, saca unos dulces y copas... ¡Ya lo creo!... ¡Ramoniyo! ¡Ramoniyo!... Llámale, mujer, y trae los dulces en seguida... ¿Con que V. le conoce? Pues no sabe V. lo que es, ¡quiá!... Hace unos versos y tiene un pico que ya, ya... Pero, mujer, ¿te has quedao en babia? Tráenos lo que te he dicho... díle que baje, mujer.

La carpintera desapareció sin acertar á comprender lo que pasaba, aunque adivinando que pasaba algo y que lo que pasaba debía ser bueno.

– Pues verá V., cabayero: ahora mismo le voy á enseñar á V. los versos que Ramoniyo ha puesto en su libro de latín, sacados de su cabeza. ¡Verá usted, verá V... ¡Ca! si es un mocito...

El padre salió un momento y volvió en seguida con un libro que me presentó abierto por la primera hoja.

Yo leí en voz alta:

Si este libro se perdiere
Como muchas beces pasa
Suplico á quien se lo aye
Que me lo yeve á mi casa
Mi amo Ramon Picatoste
Si no se lo dan les jura
Que por su cabeza dura
Les ha de dar contra un poste
Y en canbio si se lo entriegan
Les regalara un bizcocho
Bibe en la calle de Arriba
Casa del número ocho.

—¿Eh, eh?... ¿Vale ó no vale? Pues no crea V., cabayero, todo eso lo escribió en un decir Jesús, en un santiamén, y sacao de su cabeza... ¡Ya lo creo! Le digo á usted...¡Ramoniyo! ¡Ramoniyo! Pero, ¿no vienes, hombre?

El muchacho entró acompañado por su madre. Llevaba un papel en la mano y estaba como avergonzado, no acertando á comprender por qué le llamaban con aquella premura, y temiendo alguna reprimenda.

—Pero, ¿dónde andas, *perdís*? ¿No me oías?

—Estaba muy entretenido,—dijo la madre,—escribiendo arriba en su habitación.

—¡Ya lo creo!... ¡la de siempre!... Si le digo á V., cabayero... Vamos á ver, Ramoniyo: alza esos ojos, hombre, que nadie te va á comer. No parece sino que has hecho algún *estropicio*... Mira bien á este señor...¿le conoces?

—Sí, señor, – contestó el muchacho bajando otra vez los ojos más avergonzado aún después de haberme mirado.

—¡Hola, hola! – dije yo. – ¿Con que me conoces? Bien, hombre, bien; hemos de ser dos buenos amigos.

—¿Y de qué le conoces, muchacho? – preguntó el padre sorprendido.— A ver, á ver; cuéntanos eso.

—No tiene nada de particular,—dijo Ramón.—El señor vive...

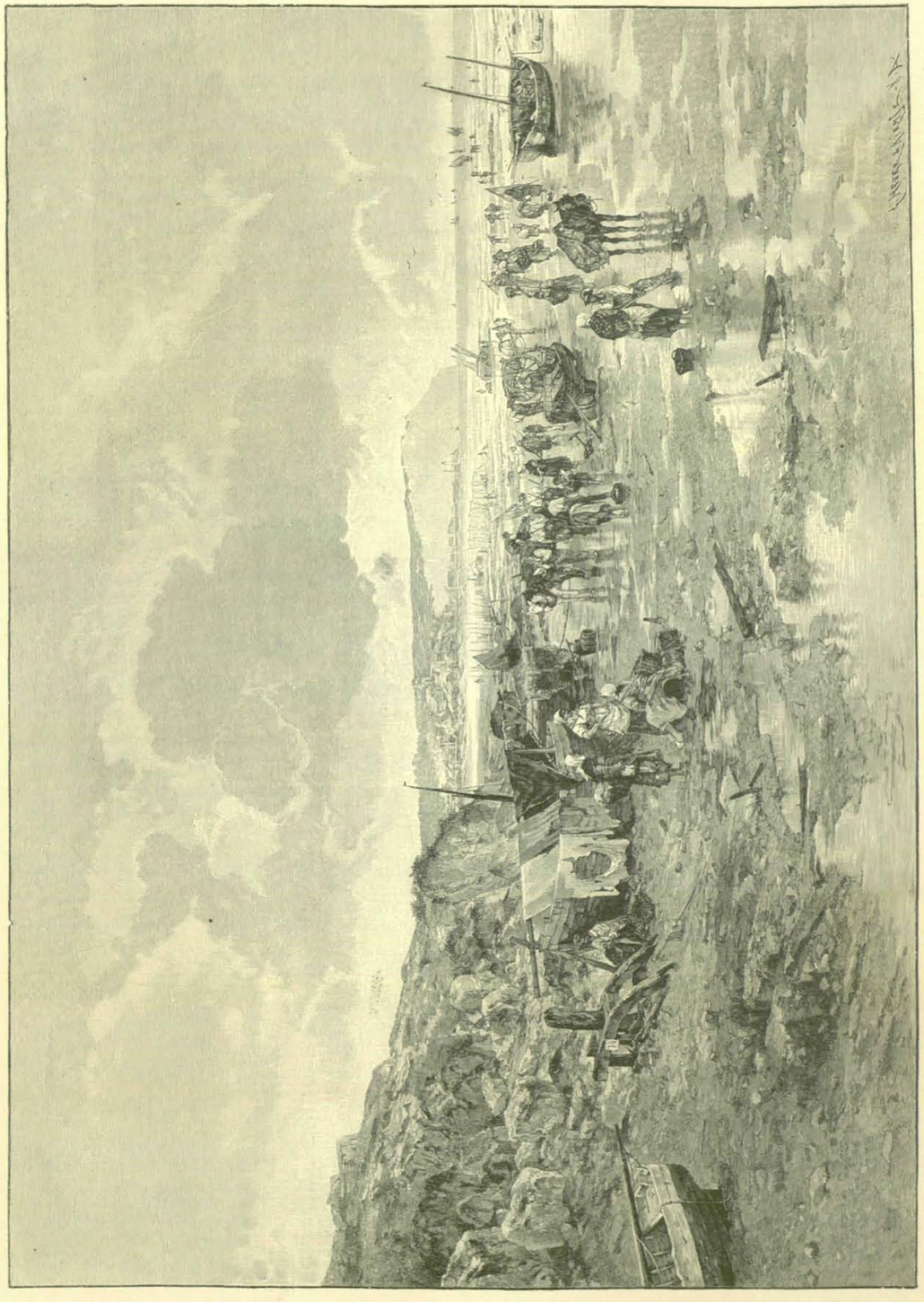
—Aguarda, aguarda, chiquiyo,—interrumpió el carpintero,—quiero que lo digas todo eso en latín *pa* que este señor vea lo que sabes.

—Pero, padre, si yo...

—¿Esas tenemos? ¡Pues qué! ¿No nos pides agua en

EL BUFÓN DORMIDO, cuadro de Herman Kaulbach

VIAJEROS EN EL SIGLO XVII, cuadro de W. Rauber



LA PLAYA DE TREFORT DURANTE EL REFLUJO, cuadro de J. Schenker

PESCADORAS EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano

latín, y pan, y carne, y otras cosas, y hasta nos das los buenos días, canastos? Pues, *¿pa* qué quieres lo que sabes más que *pa* lucirlo cuando venga á pelo? Nada, nada, lo dicho, dicho, y la jaca á la puerta. Has de hablar en latín ó reñimos; y no me vengas con *lilailas*...

—Pero, padre, ¿no ve V. que...?

—Déjele V., – dije yo cortando por lo sano y comprendiendo el compromiso en que al pobre muchacho le iba á poner su padre; – déjele V. que hable ahora en castellano; tiempo nos quedará de saber los puntos que calza en latín.

—¡Vaya, bueno, canastos!... ¡Siempre se ha de salir con la suya! Dí lo que quieras, y como quieras, hombre. No volveré yo á sacar la lengua á paseo.

Ramón contó cómo me conocía de haberme visto entrar y salir varias veces de mi casa del Patio de Escuelas, manifestando saber cómo me llamaba, y no ignorando tampoco que era yo director de un periódico. Cambiamos después de esto algunas palabras y luego el padre que estaba embobado oyéndole, se fijó en el papel que el muchacho tenía en la mano y le dijo:

—¡Oye, oye! ¿Qué papel es ese?... ¿Serán versitos, eh? A ver, á ver; enséñaselo á este señor.

—¡Si no es nada! – dijo Ramón bajando los ojos y poniéndose colorado. – Mi madre se empeñó en que lo bajara, y yo... como no sabía... creí...

—¡Vaya, vaya, hombre, no seas tan apocado! Echa *pacá* ese papel y veamos lo que dice... ¿Lo habrás *sacao* de tu cabeza, *verdá*? ¡Ya lo creo! Vamos, hombre, no te hagas el mohino; échalo *pacá* que lo vea este cabayero. ¿Te da vergüenza? Pues, hombre, no será ningún *pecao*...

El muchacho no tuvo más remedio que rendirse á tan repetidas instancias; entregó el papel mohino y pesaroso y el padre después de echarle una ojeada, me lo entregó frotándose las manos de satisfacción y diciendo:

—¿Noviajos tenemos?... A ver, á ver quién es esa Laura; lea V., lea V., cabayero.

Yo leí lo siguiente:

Á LAURA

Laura hermosa, cuando el aura
Juguetea entre las flores
Al contarlas sus amores
Murmura tu nombre, Laura.
Tienes labios de carmín,
Tu mirada es la del sol,
Tus pies están en latín,
Tus ojos en español.
¿Cómo no amar tus encantos?
¿Cómo verte y no adorarte?
Te quiero más que á los santos
Cuando logro contemplarte.

Al terminar mi lectura, la madre de Ramón estaba llorando, el padre reventaba de satisfacción, y el chico estaba encendido como la grana.

—¡Hijo mío!—exclamó la madre cubriendo de besos al aprendiz de poeta.—¡Bendito sea ese pico de oro que Dios te ha *dao!*

—¡Eh!... ¿qué tal?—me decía el padre.—¿Vale ó no vale? ¡Cuando yo decía!... Y lo ha *sacao* de su cabeza, eso á la legua se conoce... Hay que mandar esos versos á tu tío el cura *pa* que vea qué sobrino tiene... ¡Vaya con el mocito! ¿Y esa Laura? ¿Quién es esa Laura que yo no la conozco? Lo que es los chicos de ahora... ¡Qué doce años, eh! Pero vamos á ver: ¿y cómo vas tú á ser cura habiendo esas Lauras de por medio?

—¡Yo cura!—replicó el chico amostazado en son de protesta.

—Eso quiere tu tío Bonifacio, que es el que te paga la carrera. Pero si tú no sales *pa* cura, ya veremos, hombre, ya veremos: no hay que apurarse por eso, que de menos nos hizo Dios. El caso es que tú salgas *palante* como hasta aquí, que luego Dios dirá. Tú tienes que ser un hombre de provecho; eso no hay quien me lo quite.

—¡Ya lo creo!—añadió la madre.—Eso me lo está á mí diciendo el corazón desde que eché al mundo al hijo de mis entrañas.

IV

La evolución de la impresionabilidad de una madre

Me hallaba en frente de una familia como hay muchas, ó como son por mejor decir casi todas, compuesta de un padre y una madre que estaban embobados con su hijo y que no se recataban de manifestar sus sentimientos ni aun ante el objeto de su cariño y admiración. Dando de barato que Ramón fuese la maravilla que sus padres se imaginaban (cosa que aun no estaba yo en el caso de apreciar) la experiencia enseña que las alabanzas desmedidas prodigadas á los niños, aun siendo merecidas, embotan el sentido moral del elogiado, fomentan su orgullo y egoísmo y lejos de servirles de estímulo enervan su actividad y hasta tuercen su dirección en sentido nocivo. Aquellos padres bonachones que se extasiaban sin rebozo ante su hijo estaban próximos á perder su autoridad y á producir con la mejor buena fe del mundo, la más honda perturbación en la educación de su ídolo si continuaban por el camino emprendido. Por su interés y más aún por el interés de su hijo era preciso advertirles del peligro que corrían, aunque lo probable y casi seguro era que se perdería el tiempo, pues los padres no ven nunca el daño que hacen á sus hijos con sus condescendencias para con sus pequeños extravíos, pasioncillas nacientes ó inclinaciones torcidas y con sus desmesurados aplausos á las infantiles *gracias* y á las primicias del ingenio ó talento de sus vástagos. ¿Quién puede calcular los estragos que causan en la vida esos gérmenes nocivos no arrancados oportunamente con vigorosa mano, aunque con tacto exquisito, del corazón de la infancia, y esas semillas malsanas lanzadas por el inexperto é irreflexivo cariño de los padres en el alma de sus hijos? ¿Qué padre se detiene á considerar que el espíritu que impulsa al niño á pegar á su nodriza cuando no satisface uno de sus caprichos, es el espíritu mismo que le ha de impulsar más tarde á cometer un asesinato, si el sentido moral no se educa convenientemente? Y si algún padre se detiene en estas consideraciones ¿quién hay que no dilate la adopción del remedio, ya disculpando como fútil aquella pequeña satisfacción del amor propio irritado, ya haciéndose la ilusión de que el tiempo ahogará por sí sólo los gérmenes dañinos que en el corazón de su hijo se albergan, ó ya encontrándose sin fuerzas para luchar contra el mal, aunque conozca su trascendencia? Los más, ante un hecho como el indicado, celebran el arranque del niño como una gracia inocente, dejando así que eche raíces la naciente soberbia y el incipiente espíritu de venganza: los menos se contentan con dejar hacer al niño por no contrariarle, siendo cómplices pasivos del torcimiento de su carácter.

Estas ó parecidas reflexiones acudían en tropel á mi mente oyendo las alabanzas y ditirambos que los padres de Ramón entonaban á su hijo, pensando al propio tiempo en hacerles alguna indicación para apartarles de semejante conducta, sin acertar con el modo de conseguirlo.

—Ahí le tiene V.—me decía Picatoste padre señalando á Ramón.—Al principio estaba un poco *añoñao*, pero ya se va reponiendo: ya verá V., ya verá V. cómo saca los pies de las alforjas. Con que á V. ¿qué le parece?

—El chico me gusta...—contesté yo.

—¡Toma! ¡Ya lo creo!... ¡Pues es *pa* no gustar un muchacho como mi Ramoniyo!

—Tiene buena disposición natural,—añadí sin hacer caso de la vanidosa interrupción del padre,—y lo que falta es dirigirla bien.

—No, lo que es eso...—dijo Picatoste padre,—corre de mi cuenta, aunque el chico no lo *nesecita*...

– No diga V. *nesecita*, padre,—se atrevió á decir Ramón,—se dice *necesita*.

—¿Lo ve V.? ¿Lo ve V.? Hasta se atreve á enmendar la plana á su padre; ¡cuando le digo á V...! ¡Canastos con el chico y las aleluyas que saca! ¿Con que se dice *nese... sece... cese... nesecita*... ¡Vamos! no lo puedo decir. Déjame á mí con mis *palabras*, que á mí no me han *enseñao* más y no me vengas con *andróminas*. Con que decía V...

—Digo que por mi parte,—proseguí,—tendré verdadera satisfacción en contribuir en lo que pueda á los progresos de Ramón en su educación y carrera. Por de pronto cuando necesite libros, ya de estudio, ya de entretenimiento provechoso, no tiene más que ir á mi casa y yo le proporcionaré cuantos tengo.

—Muchas gracias, cabayero. ¡Pues ya lo creo que Ramón lo agradecerá! ¡Ande V., ande V. que ya le dará que hacer el mocito!

—Diga V.,—preguntó Ramón,—¿tiene V. las novelas de Julio Verne?

—¿Lo ve V.? ¡Cuando yo decía!... ¡Echale guindas al mozo! ¡Las novelas de Julio Viernes, eh! ¿Y *pa* qué quieres tú las novelas de Julio Viernes?

—No es Julio Viernes, padre, que nunca sabe V. decir bien las cosas,—replicó el chico con cierto imperio y aires de suficiencia,—se dice Julio Verne; fíjese V. bien en lo que dice y verá cómo habla mejor.

— Bueno, hijo, bueno...—contestó el padre algo amostazado,—ya pondré *cuidao pa* otra vez.

—He aquí una cosa que no me gusta,—dije yo.—Usted, señor Picatoste, no debe consentir que su hijo se le suba á las barbas; y tú, Ramón, no debes olvidar nunca el respeto que se debe á un padre, con cuyos defectos, mucho más si son tan inocentes como los de pecar contra el lenguaje por falta de instrucción, hay que ser condescendientes y benévolos.

—Pues yo no lo puedo remediar,—replicó Ramón:—me fastidia oir hablar tan mal á mi padre; no sé lo que haría...

—Y tiene razón, – dijo la madre interviniendo, orgullosa de ver cómo su hijo se defendía; —si su padre habla mal, ¿por qué no le ha de corregir su hijo?

—No, la verdad es... – dijo el padre arrascándose la frente, – la verdad es...

—Pero, ¿no ven Vds., – dije yo,—que eso es sentar muy mal precedente y que si el hijo empieza por considerarse superior al padre en la manera de hablar, acabará por considerarse superior en todo lo demás y sobrepondrá su voluntad á la de ustedes?

—¿Y qué importa?—replicó la madre.—Aunque así fuera, ¿no es bueno mi hijo? Pues si no levanta cabeza de sus libros el pobrecito y mientras los demás muchachos están enredando, él está *dale que te pego* día y noche...

—Está bien, señora, y yo le concedo á V. que su hijo sea hoy un santo; pero... ¿y mañana?

—¡Toma! ¡mañana!... Mañana sabe Dios lo que sucederá... ¿Quién va á saber eso?

—Pues para que el día de mañana conserven Vds. su autoridad sobre su hijo por si se descarría...

—¡Qué se ha de descarriar mi hijo!

—Usted lo cree así; pero se ven muchísimos casos...

—¡Pues se verán todos los que V. quiera! – dijo la madre levantándose como irritada, – pero lo que digo yo es que mi hijo será siempre bueno porque sí; lo dice su madre y basta. Con que sus hijos de V. fueran tan buenos como mi Ramón, por contento podía V. darse.

—Yo no tengo hijos, señora, – contesté algo incomodado por aquel exabrupto, – si los tuviera...

—¿Con que no tiene V. hijos? *Velay* porqué habla usted así. Los que no tienen Vds. hijos no saben de estas cosas y lo arreglan todo muy bonitamente; quieren ustedes meterse en lo que no saben, y así sale ello.

—Es la verdad, – añadió el padre convencido por los razonamientos concluyentes de su mujer.

—Pues si es claro, – continuó la madre animándose gradualmente. – ¿A qué viene el hablar de sí mañana será *así ó asao?* Que sea lo que Dios quiera. Pa lo que hemos de vivir... buena gana de darse malos ratos. Ramón hace bien en corregir á su padre. ¿No dice la doctrina cristiana que se debe enseñar al que no sabe? Pues si Ramón sabe y su padre no...

—Pero, señora...

—¡Nada, nada, lo dicho dicho! Y el que no lo quiera así que lo deje. Hasta ahora mi Ramón no ha *nesecitao* á nadie y bien bueno es, y nadie ha tenido que ponerle faltas...

—Pero, señora...

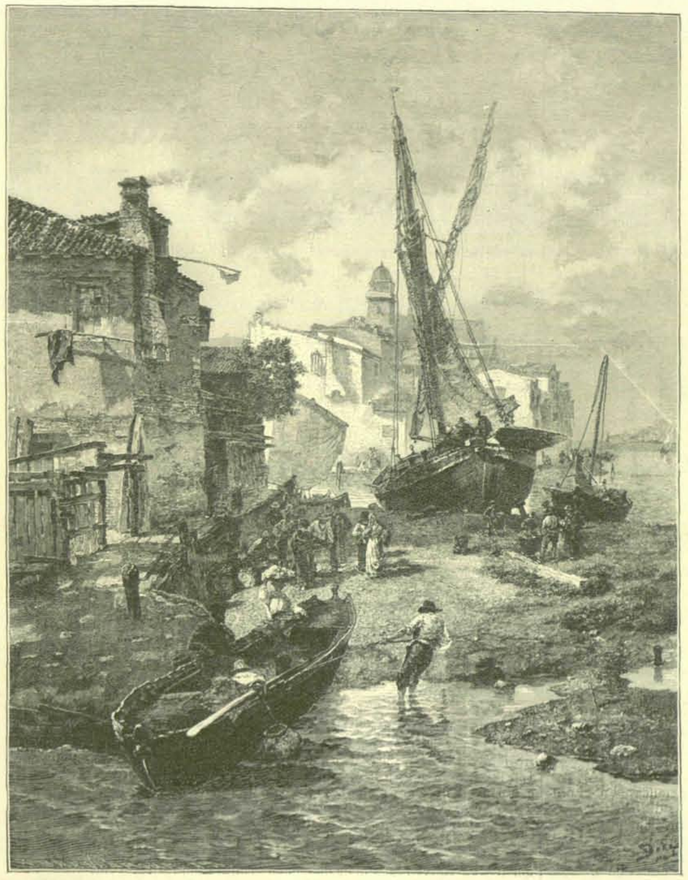
—¿A qué viene V. aquí con la *peronía* de que Ramón falta al respeto á su padre y se le sube á las barbas? Pues ahora sí que nos puso V. el gorro. ¡Vaya!... ¡Como si no supiéramos nosotros dar educación á nuestro hijo!... ¡Vaya! ¡Que no sé cómo he tenido paciencia!... ¿Qué sabe V. de dar educación á los hijos si no los tiene usted? Ya quisiera V. que se pareciesen á mi Ramón...

—Pero, señora, modérese V., tenga V. calma, reflexione...

—¡No tengo nada que reflexionar! V. es quien debiera pensar en lo que dice y no venir á insultar á nadie.

—Pero, señora...

—¿Pues qué cree V., – continuó la buena mujer, perdidos ya los estribos, – que porque seamos unos pobres *artistas* no sabemos educar á nuestros hijos? Ya quisieran más de muchos...



ALDEA EN LAS LAGUNAS, cuadro de Dill

—Vaya, señores, – dije yo encaminándome á la puerta, – veo que no podemos entendernos.

—¡Pues ya se ve que no! ¿Cómo nos hemos de entender? ¡Ni falta que hace! ¿Qué quería V., que dijéramos á todo amén? Pues, no señor, que cada uno tiene su alma en su almario y sabe dónde le aprieta el zapato.

—¡Adiós, señores!—dije yo saliendo.

—¡Vaya V. bendito de Dios, que hasta ahora sin V. nos hemos *pasao*, y bien nos hemos *encontrao*, y maldita la falta que nos ha hecho... ¡Pues no faltaba más!... ¡Vaya! Venirnos á decir que no sabemos dar educación á nuestro hijo... el tío ese... ¿qué se habrá *figurao?*...

Estas fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos al trasponer el dintel huyendo de aquella avalancha que, como todas sus semejantes, se sabe dónde empiezan, pero no puede adivinarse dónde irán á parar.

Y aquí tienen Vds. cómo empezaron mis relaciones con la familia Picatoste, inauguradas con tan buenos auspicios y bruscamente rotas por lo que pudiéramos llamar *la evolución de la impresionabilidad de una madre*, usando el tecnicismo en boga.

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Continuación)

—Pues amigo Belfegor,—contestó Florencio, – llegas tarde. Si hubieras venido un poco antes, quizá hubiera utilizado tus servicios; pero ya por gracia divina he encontrado el camino de la dicha.

—¿Qué camino es ese ignorado de mí?—repuso Belfegor.

—El de la salvación de mi alma: he resuelto hacerme cura. Ya ves que tus servicios para este caso son del todo inútiles.

—¡Hacerte cura! ¡Qué disparate! En primer lugar si ese medio fuera tan seguro para la salvación como crees, todo el mundo vestiría sotana; y puedo asegurarte aquí *inter nos*... que estás errado de medio á medio. Y en segundo lugar me admira que una persona dotada de una inteligencia tan perspicaz como la tuya no haya comprendido que el suicidio es una aberración puramente humana, pues ningún ser de otra especie incurre en ese desatino que es además una ofensa gravísima al que á todos creó. ¿Qué dirías de aquel que destruyese un objeto precioso *por amor á la persona que se lo hubiese regalado?* Dirías con razón que era un insensato.

– Manejas bien la paradoja, amigo Belfegor; pero como tú has sido la causa de la desgracia de los hombres por haber engañado á nuestra primera y desventurada madre, no me conmoverán tus razonamientos.

– Ya sé,—continuó Belfegor, —que estoy muy desacreditado entre los hombres, y que por lo tanto acogen con recelo mis sabias advertencias; pero, vamos á ver: ¿qué interés puedo tener yo en que no te hagas cura si precisamente?... pero en fin, vale más callar. No me esforzaré en convencerte, porque tú mismo has de llegar á ver claro y á estimar en lo que valen mis sanas intenciones de hacerte feliz.

—La felicidad no se halla en este mundo.

– Cumple con la obligación que te imponen las leyes á que estás sujeto y serás menos desgraciado. Y ten entendido que el que las dictó no deja impune ni la más leve infracción. En tí mismo está la ley que pide su cumplimiento y en tí mismo el castigo inmediato si no la obedeces. Aspiras á una independencia insensata, y este es el origen de tus penas. Ahí tienes la que ahora te atormenta.

Florencio retrocedió espantado. Tenía delante de sí al cura á dos pasos de distancia, postrado al pie de un enorme Cristo entre dos grandes hachones, las manos con los dedos fuertemente entrelazados, fija la mirada en el rostro del Crucificado. Aquel éxtasis infundió tal respeto á Florencio, que le embargó la voz. Sólo cuando se desvaneció la aparición pudo exclamar:

—¡Está pidiendo á Dios por mí! ¡Ah! ¡ese! ¡ese es feliz! ¡Su fe quiero tener yo! Y esa, desgraciado, no puedes dármela tú. ¡Perdón! ¡Dios mío! ¡Perdón! ¡Oh! ¡cuán culpable soy!

—Contempla ahora otra obra tuya,—dijo Belfegor.

—¡Huy!—gritó Florencio cubriéndose el rostro con las manos.—¡Basta por piedad!—El cuadro desapareció. Había visto á Magdalena en brazos del maestro.

El pobre Florencio sudaba de congoja.

– Yo me abraso,—decía.—Quítame este horrible peso que me oprime el corazón. Dices que vienes á aliviar mis penas y te complaces por el contrario en exacerbarlas.

Sin embargo, como Belfegor no era cruel, hacía de modo que las fuertes impresiones que recibía Florencio desapareciesen casi instantáneamente. Cuando le vió ya más tranquilo le dijo:

– De los tres seres que has visto te parece el cura el más feliz; yo añadiré que el más desgraciado es Magdalena. ¿No has observado en su lánguida mirada un reflejo de profunda tristeza?

—¡Oh espíritu infernal! – replicó Florencio.—No me hostigues ya más con tus falaces sugestiones. Quisiera procurar algún descanso á mi espíritu; quisiera olvidar lo pasado; quisiera cambiar de impresiones. Quisiera hallarme á mil leguas de distancia, abandonar esta comarca para siempre jamás!

¡Ah! ¡pero no puedo abandonar á mi pobre y querida madre!

—Puedo satisfacer tu gusto á medida de tus deseos. Si un viaje al rededor del mundo te parece largo, haremos que el mundo viaje al rededor de nosotros.

Imposible era á Florencio resistir á tentación tan seductora, y así dijo á Belfegor:

—De modo que mi ausencia no será larga.

—Tan larga como tú quieras, aunque ya sabes que el planeta terrestre invierte veinticuatro horas en su rotación; pero has de saber además que estando en mi compañía el tiempo no existe: no hay ni luz ni tinieblas; ni ruido ni silencio; ni frío ni calor. Todas estas cosas son ilusiones de los hombres.

Aunque Florencio tenía ya alguna confianza en Belfegor, le preguntó, sin embargo, si podría hacer el viaje sin contraer algún compromiso.

—Ninguno, absolutamente ninguno.

—Pues en ese caso, en marcha.

—Dame la mano. Al tocar la de Belfegor sintió Florencio un terrible escalofrío.

Un vivísimo y repentino resplandor, como producido por un relámpago, iluminó hasta los ámbitos más recónditos del bosquecillo; y surgiendo ambos viajeros como un cohete fueron lanzados á las regiones etéreas. Al atravesar las ramas de los robles salieron espantados unos cuantos grajos, protestando con sus ásperos graznidos contra aquella, para ellos, inoportuna ascensión; pero Florencio, repuesto del susto que le causaron, subía sin temor, diciendo: *alea jacta est.*

VI

Con aquella claridad pudo Florencio ver distintamente á Belfegor. Le pareció un hombre perfectamente formado, de musculatura vigorosa, la piel de color de bronce recién barnizado. Representaba unos treinta años de edad. No tenía cuernos ni rabo; y preguntándole la razón de aquella omisión le contestó que ese era el distintivo de los diablos de baja estofa. Llevaba, sí, grandes alas, tan finas y tan negras como las del murciélago; pero crujían y olían como un impermeable inglés recién salido de la fábrica. Aquel olor era tan penetrante, que Florencio se atrevió á decir á Belfegor si no podía cambiarlo.

—Pues qué, ¿te desagrada? - replicó.

—¡Hombre! Preferiría el jazmín.

—¡Qué gusto tan ordinario! Se conoce que no tienes el olfato bien educado. Has de saber que este suavísimo perfume es el que está ahora de moda en nuestra *high life.*

Aquello hizo en Florencio el efecto de una sugestión hipnótica y empezó á olfatear con deleite las alas de Belfegor.

—Al parecer, - le dijo,—en el infierno hay también categorías sociales.

—Toma si las hay,—contestó Belfegor,—lo mismo que en la tierra, en el agua, en el aire y en el cielo. La igualdad sería una monotonía insoportable. En el orden natural las cualidades que constituyen la perfección en cada especie se hallan diseminadas entre los individuos que la componen, ofreciendo términos de comparación que originan infinita variedad de gustos. Si el ama del cura, que, en mi concepto, no carece de gracia, y pienso por lo mismo tentar en uno de estos días, te pareciera tan hermosa como Magdalena, te hallarías en una situación idéntica al asno de Buridán. En fin, la igualdad en la naturaleza es la muerte y la desigualdad, la vida y la causa eficiente del progreso en la sociedad.

En esto llegaron al término de la ascensión y se reclinaron con toda comodidad en un trono de nubes.

Al contemplar suelto en el espacio inmenso el colosal globo terráqueo, quedó Florencio mudo de asombro. La gigantesca esfera estaba cubierta con una funda de gasa azul. Recobrando al fin la palabra, dijo á Belfegor:

—Pero desde aquí no veré distintamente la tierra.

—Hemos subido hasta este punto, —contestó Belfegor, —para que puedas contemplar el planeta en toda su magnitud; pero ahora daré á tus ojos la potencia necesaria para que percibas con claridad todos los detalles.

En aquel instante mismo se evaporó la gasa que envolvía el globo; y á la vista de aquel grandioso espectáculo Florencio experimentó una emoción indescriptible.

(Continuará)

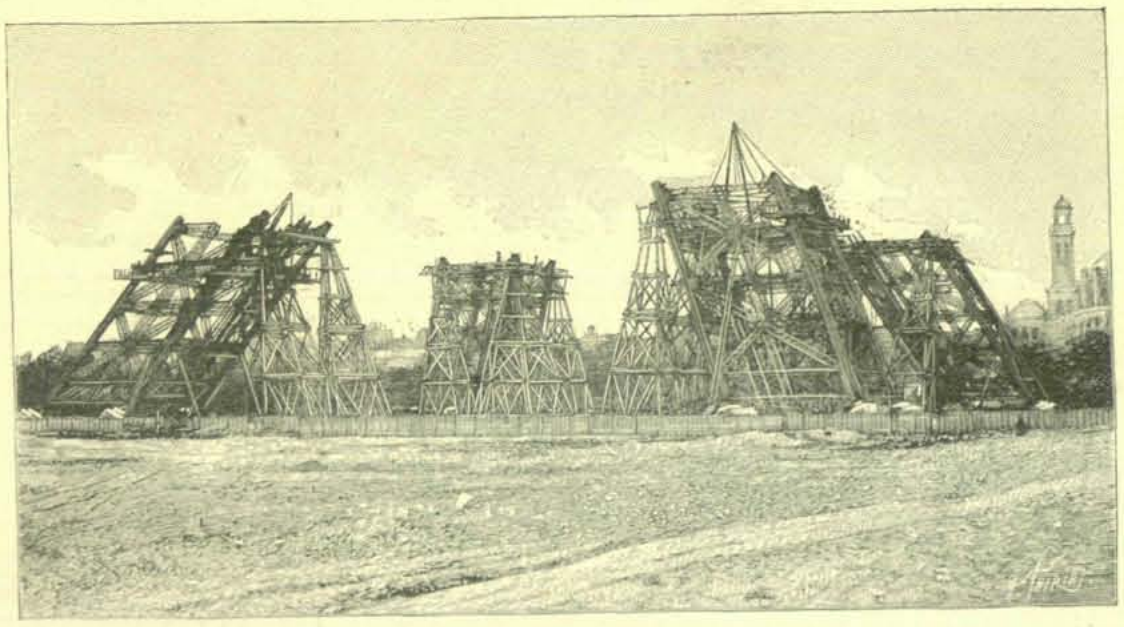


Fig. 1. – Montantes de la Torre Eiffel, de 300 metros, en el Campo de Marte de París

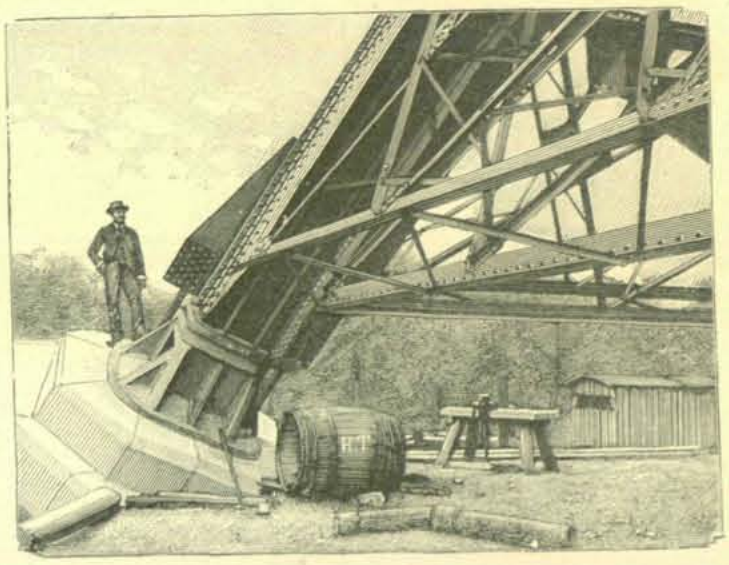


Fig. 2. – Uno de los cuatro montantes de una pila de la Torre Eiffel

LA TORRE EIFFEL

Los diarios han publicado varios detalles sobre el proyecto de conjunto de la Torre llamada de Eiffel, de 300 metros, y sobre la construcción de sus cimientos, cuyas moles han desaparecido ya bajo la tierra, de la cual surgen solamente las enormes bases de piedra tallada que sostienen los cuatro pies de cada una de las pilas.

Nos parece oportuno ahora comunicar á nuestros lectores algunos detalles sobre el progreso y la marcha de las obras metálicas, ejecutadas con tal rapidez, que el montaje, comenzado en julio último, alcanza hoy más de 30 metros de elevación para cada una de las cuatro pilas, habiéndose empleado ya 1.450,000 kilogramos de hierro.

Recordemos por lo pronto que la mayor inclinación de cada pila con referencia á la horizontal se produce en el sentido de la diagonal de la base de la torre; esta inclinación es de 54° lo cual quiere decir que el desplomo resultante de esta inclinación será de 30 metros para la parte de cada pila comprendida entre el suelo y el primer piso. La dificultad del montaje resulta de dicho desplomo, puesto que se han de mantener en equilibrio estable las considerables masas inclinadas que constituyen cada pie.

Se ha de tener presente que cada pila se compone de cuatro montantes espaciados en cuadrado de 15 metros, y reunidos por enrejados de manera que constituyen un conjunto prismático de base cuadrangular. Cada montante de ángulo se sostiene sobre su zócalo de mampostería por medio de un apoyo de hierro fundido y acero, compuesto de la manera siguiente: en primer lugar hay una pieza inferior de hierro que pesa 5,500 kilogramos, cuyo ancho patín inferior reposa sobre la base inclinada del cimiento; esta pieza se ha vaciado y una de sus paredes laterales tiene una abertura destinada para introducir un cilindro de prensa hidraúlica de 800 toneladas de capacidad, de cuyo uso hablaremos después.

Ese apoyo de hierro fundido recibe en su parte superior un capacete de acero fundido de 2,700 kilogramos de peso, que penetra en parte en el vaciado de la pieza de hierro y que sostiene la parte inferior del primer tronco del montante de ángulo. La buena distribución de los pesos del montante sobre la mampostería queda asegurada por la interposición de las piezas de apoyo; pero además de esto, y gracias á la disposición de la pieza de acero que penetra en el apoyo de hierro fundido, será posible deslizar hasta cierto punto dicha pieza en el sentido del eje del montante, y por lo tanto regular matemáticamente la posición definitiva de cada montante, que así quedará independiente, en los límites necesarios, del apoyo de la fundación.

Aquí intervendrán las prensas de 800 toneladas: en la cámara abierta en el apoyo se instalará el gran cilindro de la prensa, reposando su base sobre aquél, mientras que la cabeza funcionará debajo del capacete de acero. Cuando la prensa esté en movimiento se podrá levantar dicho capacete que, guiado por su penetración en el apoyo de hierro fundido, elevará el montante de pila que sostiene. Inútil es decir que se han previsto minuciosamente las condiciones necesarias para la regulación y ajustamiento, y que en caso necesario se podría producir las variaciones de altura de los pies de los montantes en límites más que suficientes para asegurar la regulación rigorosa de todas las piezas. Recordemos también que los tirantes de amarre, anclados en cada mole de cimiento, atravesarán la base del apoyo de hierro fundido, yendo á coger por poderosas armaduras el pie de cada montante.

En tal estado las cosas, se ha instalado el arsenal para el montaje, disponiendo ante todo lo necesario para recibir el transporte de los hierros: llegados de la fábrica, pasan al Campo de Marte por una grúa rodada que los descarga, los lleva y los deposita en el lugar donde deben tomarse y clasificarse. De allí parten cuatro vías diferentes cada una de las cuales se dirige hacia una de las pilas de la torre, permitiendo llevar cada pieza al punto donde las máquinas de elevación deben volver á cogerlas.

En resumen, el arsenal general de la torre comprende ahora otros cuatro idénticos, uno para cada pila, y lo que diremos para una se aplica exactamente á las otras.

Las partes inferiores de las pilas se han podido montar por medios bastante sencillos, sin más aparatos que las perchas provistas de cabrias; tienen una altura de 22 metros, y se componen de largas piezas de madera ensambladas en su parte superior, y que se parecen bastante por su forma á una A prolongada. Una cabria en la parte inferior, y una polea en la superior, en la cual gira la cadena de aquél, que se engancha la pieza que se ha de levantar, y el aparato queda constituído.

Los troncos de los montantes que son moles en forma de cajones de 0m 80 de largo y que pesan de 2,500 á 3,000 kilogramos cada uno, se han montado sucesivamente así en el lugar mismo punta con punta; el tronco ascendente, apenas llegado á su posición, se reunía con el anterior por medio de broches. Después de los cajones de los montantes llegaban los enrejados, que reuniendo las porciones de montantes elevadas ya, regulaban su posición relativa.

A las brigadas de montadores siguen las de remachadores que sustituyen á los pernios, puestos provisionalmente en las junturas, diferentes clases de remaches colocados á fuego, los cuales forman la verdadera y definitiva unión ó ensamblaje de los piezas entre sí. Cuando el conjunto, así constituído, ha pasado de 15 metros de altura, ya no ha sido ventajoso el empleo de las perchas, y se ha tenido que recurrir á artificios mecánicos más perfeccionados, consistentes en cabrias especiales.

G. TISSANDIER

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE ELECTRIDAD ESTÁTICA. – Tómese una pipa, una pipa vulgar de grosero barro, de las más baratas, y póngase delicadamente en equilibrio sobre el borde de una copa, de manera que pueda oscilar libremente al menor contacto como el fiel de una balanza.

Hecho esto, se trata de hacer caer esta pipa sin tocarla, sin soplar, sin agitar el aire de ninguna manera, sin mover la mesa ni el vaso.

La electricidad permite resolver el problema propuesto.

Tómese, pues, una copa semejante á la que sostiene la pipa y frótese enérgicamente en la manga de la levita. La copa se electriza luego al frote del paño, y cuando esté electrizado, se acerca á un centímetro del tubo de la pipa en equilibrio, y la traerá enérgicamente siguiendo la copa hasta caer de su apoyo.

Este curioso experimento es una bonita variante del péndulo eléctrico, y muestra que la tierra de pipa, cuerpo muy mal conductor de la electricidad, se presta muy bien á la atracción de un cuerpo electrizado.

Atracción de una pipa por una copa de cristal electrizada

En nuestra figura representamos el experimento con dos copas, pero con los simples vasos de vidrio que hay en el campo se puede obtener el mismo resultado. La pipa de barro no es tampoco un objeto raro, y es difícil producir á menos coste manifestaciones de electricidad.

(Tomado del periódico *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN